

dolorosas. El príncipe de Castel-Forte siguió la máxima comun, que aconseja usar de todos medios para causar olvido; pero no hay olvido para las personas de vehemente imaginacion, y es mejor renovar en ellas de continuo la misma memoria, y hacer, por fin, que el alma se harte de llanto, que obligarla á recencontrarse en sí misma.

---

## LIBRO DÉCIMONONO

LA VUELTA DE OSVALDO A ITALIA

## CAPITULO I

Recordemos ahora los acontecimientos que pasaron en Escocia despues del dia de la triste fiesta en que hizo Corina tan doloroso sacrificio. El criado de lord Nelvil le entregó sus cartas en medio del baile; abrió muchas que le remitia su banquero de Londres, ántes de acertar con la que debia decidir de su suerte; pero cuando conoció la letra de Corina, cuando vió aquellas palabras : *Sois libre*, y distinguió el anillo, sintió juntamente un amargo dolor y la exasperacion mas viva. Dos meses hacia que le faltaban las cartas de Corina, ¡se rompía aquel silencio con palabras tan lacónicas, y con una accion

tan decisiva! Ya no dudó de su inconstancia; vínole á la memoria cuanto lady Edgermond le dijo acerca de la volubilidad de Corina, y se juntó con sus enemigos, porque todavía la amaba bastante para ser injusto. Olvidósele que habia renunciado ya muchos meses á la idea de ser esposo de Corina, y que Lucila le inspiró una inclinacion harto viva; creyóse un hombre sensible vendido por una mujer infiel; sintió inquietud, enojo, desventura, pero en especial un impulso de orgullo que vencía á todas las demas sensaciones, inspirándole deseo de mostrarse superior á la que le dejaba. No debemos presumir de altivez en los afectos del corazon; porque apenas existe nunca, sino cuando el amor propio excede al cariño; y si lord Nelvil hubiera amado á Corina, cual en los dias de Roma y de Nápoles, no le separara de ella el resentimiento de sus presumidos agravios.

Lady Edgermond advirtió el desasosiego de lord Nelvil: era una persona de pasiones vehementes, con aparente tibieza, y la enfermedad mortal, de que se sentia amenazada, aumentaba su amor á su hija. Sabia que la pobre niña amaba á lord Nelvil, y temblaba de haber comprometido su felicidad dándosele á conocer: así no quitaba la vista de Osvaldo un instante, y descubria los secretos de su alma con una sagacidad generalmente atribuida al ingenio de las mujeres; pero dimanada en realidad de la continua atencion que inspira un verdadero

cariño. Valióse del pretexto de los asuntos de Corina, esto es, de la herencia de su tio que queria remitirle, para tener al otro dia una conversaci<sup>o</sup>n con lord Nelvil; y en ella adivinó muy presto que se hallaba descontento de Corina; y lisonjeando su enojo con la idea de una noble venganza, le propuso reconocerla por su hijastra. Admiróse lord Nelvil de tan pronta variacion en las intenciones de lady Edgermond; mas comprendió, no obstante, aunque sin expresar en manera alguna esta idea, que esta oferta no se realizaria si no daba la mano á Lucila; y en uno de los momentos en que mas bien se obra que se piensa, la pidió á su madre. Lady Edgermond pudo apenas, en el arrebato de su júbilo, contenerse bastante para no decir *sí* con demasiada prontitud; dió su consentimiento, y salió lord Nelvil de aquel gabinete comprometido con un vínculo que no pensaba formar cuando entró en él.

Miéntas lady Edgermond preparaba á Lucila para recibirle, se paseaba él por el jardin con suma agitacion. Decíase que Lucila le habia agradado, porque la conocia poco, y que era cosa extraña fundar la felicidad de toda la vida en el atractivo de un misterio que habia de descubrirse por precision. Renació en su pecho un impulso de ternura hácia Corina, y se acordó de las cartas que él le escribia, manifestando harto claramente su lucha interior. — Hace bien, dijo, de renunciar á mí, pues no tuve

aliento para hacerla venturosa; pero debia costarle mas, y esta línea tan fria... ¿Y quién sabe si no la regaron sus lágrimas? y al pronunciar estas palabras, corrian, sin querer, las suyas. De tal suerte le arrebataron estas meditaciones, que se alejó del palacio, y le buscaron largo tiempo los criados de lady Edgermond, quien los habia enviado para avisarle que le esperaban; admiróse él mismo de su poco afan, y se volvió presuroso.

Al entrar en el aposento vió á Lucila arrodillada, y con la cabeza escondida en el seno de su madre: tenia en aquella postura la gracia mas tierna; y cuando oyó á lord Nelvil, alzó su rostro bañado de lágrimas, y le dijo alargándole la mano. — ¿No es verdad, milord, que no me apartareis de mi madre? — Aquel amable modo de manifestar su consentimiento causó á Osvaldo mucho interes; púsose tambien de rodillas y suplicó á lady Edgermond permitiese que el rostro de Lucila se inclinase hácia el suyo; y así recibió aquella criatura inocente la primera sensacion que la hizo salir de la infancia. Bañóse su frente de encendido rubor; Osvaldo conoció mirándola el vínculo sagrado y puro que acababa de formar, y la hermosura de Lucila, aunque encantadora en aquel momento, le causó ménos impresion que su celestial recato.

Los dias anteriores al domingo señalado para la ceremonia se pasaron dando las disposiciones precisas para el matrimonio. Durante este tiempo no

habló Lucila mucho mas que ántes; pero cuanto decia era noble y sencillo; y lord Nelvil amaba y aprobaba todas sus palabras. No obstante, sentia algun vacío cerca de sí; la conversacion consistia en una pregunta y una respuesta; ni se extendia, ni se prolongaba; todo iba bien; pero no habia aquella vida inagotable, sin la cual no se puede pasar en probándola. Entónces se acordaba lord Nelvil de Corina; mas como nadie le hablaba ya de ella, tenia esperanza de que aquella memoria llegase por fin á ser una quimera, únicamente objeto de su vago pesar.

Lucila, sabiendo de su madre que su hermana vivia, y se hallaba en Italia, deseó con ansia preguntar por ella á lord Nelvil; pero lady Edgermond se lo vedó, y Lucila fué obediente, segun su costumbre, sin informarse de la razon de semejante precepto. La mañana del dia destinado para el casamiento, se representó la imágen de Corina mas vivamente en el corazon de Osvaldo, y le sobresaltó á él mismo la impresion que sentia. Pero dirigió sus ruegos á su padre; dijole en lo íntimo de su corazon que por él, y por conseguir su benedicion en el cielo, cumpliera su voluntad en la tierra; y fortalecido con estos sentimientos llegó á casa de lady Edgermond, y se arrepintió de los agravios que en su pensamiento habia hecho á Lucila. Estaba tan hermosa cuando llegó á verla, que un ángel descendiendo á la tierra no habria escogido otra figura para dar idea á los hom-

bres de las virtudes celestiales : caminaron al altar, aun mas conmovida la madre que la hija, porque en aquel placer se mezclaba el temor, hijo siempre de una resolucion importante, sea cual fuere, para quien conoce la vida. Lucila no tenia mas que esperanza; juntábanse en ella la niñez y la juvenlud, y la alegría y el amor. Al volver del altar, se apoyaba tímidamente en el brazo de Osvaldo, y así se aseguraba de su protector : Osvaldo la miraba enterneciéndose; parecia que dentro de su corazon sentia un enemigo amenazando á la felicidad de Lucila, y prometia defenderla de él.

Vuelta lady Edgermond al palacio, dijo á su yerno: Ya estoy sosegada; he puesto en vuestras manos la felicidad de Lucila, y me queda tan poco tiempo de vida, que me da sumo gusto ver tan bien ocupado mi lugar. — Estas palabras enternecieron mucho á lord Nelvil, y reflexionó con tanta conmocion como cuidado sobre las obligaciones que le imponian. Pocos dias habian pasado, y Lucila empezaba apénas á levantar hácia su esposo sus tímidas miradas, y á tomar aquella confianza que habria podido permitirle darse á conocer, cuando vinieron algunos incidentes desgraciados á turbar su union, anunciada al principio con auspicios mas favorables.

---

## CAPITULO II

Llegó Mr. Dickson á visitar á los novios, y se disculpó de no haber asistido á la boda, diciendo habia estado enfermo mucho tiempo de una violenta caida. Hablando de este accidente, dijo le socorrió la mujer mas seductora del mundo, en el instante en que Osvaldo jugaba al volante con Lucila. Era ella airosísima en este ejercicio, y Osvaldo miraba y no oia á Mr. Dickson, cuando él le gritó desde el extremo opuesto de la sala : Milord, seguramente ha oido hablar mucho de vos la hermosa desconocida que me dió favor, porque me ha hecho mil preguntas sobre vuestra suerte. — ¿Quién decís? respondió lord Nelvil siguiendo su juego. — Una mujer preciosa, replicó Mr. Dickson, aunque las penas habian alterado su semblante, que no podia hablar de vos sin conmoverse en extremo. — Estas palabras llamaron la atencion de lord Nelvil, y se acercó á Mr. Dickson pidiéndole las repitiese : Lucila no paró la consideracion en lo que decian, y fué á ver á su madre, que la envió á llamar; y Osvaldo se halló solo con Mr. Dickson, á quien preguntó cuál era la mujer de quien acababa de hablarle. — Lo ignoro, respondió; pero por su pronunciacion conocí era Inglesa; y pocas veces he

visto entre nuestras mujeres una criatura tan servicial, ni de tan amena conversacion : cuidó de mí, pobre anciano, cual si fuera mi hija, y en todo el tiempo que pasé con ella, no sentí las contusiones que habia recibido. Pero, querido Osvaldo, ¿sereis tambien infiel en Inglaterra, como lo fuisteis en Italia? porque mi preciosa bienhechora se ponía pálida y temblaba, cuando pronunciaba vuestro nombre. — ¡Cielo santo! ¿de quién hablais? ¿Una Inglesa? — Sí, por cierto, respondió Mr. Dickson, ya sabeis que los extranjeros nunca pronuncian nuestra lengua sin acento. — ¿Y su semblante? — ¡Oh! el mas expresivo que vi jamas, aunque se hallaba descolorida y flaca en términos que daba lástima. — No se parecia la brillante Corina á esta pintura; mas ¿no podia estar enferma? ¿no debia haber padecido infinito si habia venido á Inglaterra, y no habia visto á quien motivó su viaje? Estos recelos asaltaron de repente á Osvaldo y prosiguió sus preguntas con sumo afan. — Mr. Dickson le respondia siempre que la desconocida hablaba con una gracia y con una elegancia que no habia encontrado en ninguna otra mujer; que en sus miradas se pintaba una expresion de bondad celestial; pero estaba triste y desmayada. No era esta la situacion acostumbrada de Corina; mas, lo repetimos, ¿no podia haberla mudado el dolor? — ¿De qué color tiene los ojos y el cabello? dijo lord Nelvil. — Del negro mas hermoso del mundo. — Turbóse lord Nelvil. — ¡Y ha-

bla con viveza? — No prosiguió Mr. Dickson; de rato en rato decia algunas palabras para preguntarme y responderme; pero las pocas voces que salian de sus labios, eran sumamente atractivas. — Iba á continuar, cuando volvieron lady Edgermond y Lucila : calló, y lord Nelvil no trató de saber mas; pero quedó sumido en una meditacion profundísima, y se salió á pasear hasta poder hallar solo otra vez á Mr. Dickson.

Lady Edgermond, á quien causó novedad su tristeza, hizo retirar á Lucila para preguntar á Mr. Dickson si habian hablado de alguna cosa que pudiera afligir á su yerno, y él le refirió sencillamente lo que le habia dicho. Al punto adivinó lady Edgermond la verdad, y se estremeció del dolor que sentiria Osvaldo si supiese con certeza la venida de Corina á Escocia; y previendo que preguntaria de nuevo á Mr. Dickson, le advirtió cuanto debia contestar, á fin de desvanecer los recelos de lord Nelvil. En efecto, en otra conferencia con Mr. Dickson, no acrecentó su inquietud sobre este punto; pero tampoco la dispó, y la primera idea de Osvaldo fué preguntar á su criado si habian venido por el correo todas las cartas que le entregó en cerca de tres semanas, ó si se acordaba de haber recibido alguna por otro conducto? El criado aseguró que no; pero al salir del aposento, volvió atras, y dijo á lord Nelvil: *Con todo, me parece que el dia del baile me entregó un ciego alguna carta para V. S.; pero seria,*

*sin duda, pidiéndole limosna.* — ¡Un ciego! repuso Osvaldo; no, no he recibido carta ninguna suya: ¿seria posible encontrarle? — Sí, señor, facilísimamente, respondió el criado; vive en el lugar. — Id á buscarle, dijo lord Nelvil; y no pudiendo esperar con sosiego la venida del ciego, salió al camino, y le encontró al fin de la arboleda?

— Amigo, le dijo, el dia del baile en el castillo os dieron una carta para mí: ¿quién os la entregó? — Milord ve que soy ciego, ¿cómo puedo saberlo? — ¿Pensais que fuese una mujer. — Sí, milord, porque tenia dulcísimo metal de voz, en cuanto podia conocerse, á pesar de su llanto, porque bien oí que lloraba. — ¡Lloraba! replicó Osvaldo. ¿y qué os dijo? — *Entregad esta carta al criado de Osvaldo, buen anciano;* y luego de repente, como si se hubiese equivocado, añadió: *á lord Nelvil.* — ¡Ah! ¡Corina! exclamó Osvaldo, y se vió precisado á apoyarse en el anciano, porque estaba para desmayarse — Milord, prosiguió el anciano ciego, yo me hallaba sentado al pié de un árbol, cuando me hizo este encargo; quise cumplirle desde luego; pero como mi edad no me permite ya levantarme con facilidad, se dignó ayudarme ella misma, me dió mas dinero que tuve en mucho tiempo y sentí temblar su mano cuando me sostenia, como la vuestra, milord, ahora. — Basta, dijo lord Nelvil, tomad, buen anciano, tomad dinero como ella os dió; y rogad por nosotros dos. — Y se fué.

Desde aquel instante se apoderó de su alma un desasosiego horroroso; hacia por todas partes inútiles investigaciones, y no pudiendo comprender cómo era posible que Corina hubiese estado en Escocia sin solicitar verle, se atormentaba de mil modos para interpretar su conducta, y sentia tanta afliccion, que á pesar de todos sus esfuerzos para ocultarla, era imposible que lady Edgermond no la notase, y que hasta la misma Lucila no echase de ver cuanto padecia; su tristeza la tenia continuamente pensativa, y entre todos reinaba profundo silencio. Entónces escribió lord Nelvil al príncipe de Castel-Forte la primera carta, que este no juzgó oportuno enseñar á Corina, y que sin duda alguna la habria enternecido por el vehemente cuidado que manifestaba.

Volvió el Conde de Erfeuil de Plymouth, adonde acompañó á Corina, ántes de llegar la respuesta del príncipe de Castel-Forte: proponíase no decir á lord Nelvil lo que sabia de Corina, y al mismo tiempo sentia ignorasen que era sabedor de un secreto importante, y bastante discreto para callarle. Sus insinuaciones, de que al pronto no hizo caso lord Nelvil, llamaron su atencion luego que á su parecer podian referirse á Corina; y preguntó con ansia al Conde de Erfeuil, mas él se defendió bastante bien cuando hubo logrado le preguntasen.

Sin embargo, Osvaldo le arrancó, por fin, toda la historia de Corina, por el deleite del Conde de Er-

feuil en contar cuanto habia hecho por ella, la gratitud que le mostró siempre, la horrorosa situacion de abandono y dolor en que la encontrara; por último, hizo esta narracion sin atender, ni por pensamiento, al efecto que causaba en lord Nelvil, y sin mas objeto que ser en aquel momento, como dicen los Ingleses, *el héroe de su propia historia*. Cuando acabó de hablar el Conde de Erfeuil, se contristó de ver cuanto mal habia hecho, porque Osvaldo hasta entónces se contenia, y de improviso se puso como frenético de dolor, llamábase el hombre mas bárbaro y mas desleal; acordábase del desinterés y del cariño de Corina, de su resignacion y de su generosidad, en el mismo instante en que le creia mas culpado, y las comparaba con su dureza y con su inconstancia: repetia de continuo que nadie le amaria nunca cual ella le habia amado, y que era forzoso recibiese de algun modo el castigo de la crueldad de su trato: quería partir para Italia, verla un día, una hora no mas; pero ya ocupaban los Franceses á Roma y á Florencia, iba á embarcarse su regimiento, y no podia ausentarse sin deshonor, ni trapasar el corazón de su esposa, reparando agravios con agravios, y dolores con dolores. En fin esperaba los riegos de la guerra, y esta idea le serenó.

En esta disposicion escribió al príncipe de Castel-Forte la segunda carta, que este determinó ocultar tambien á Corina. La respuesta de su amigo la pintaba triste, pero resignada; y como era altivo,

y sentia su agravio, suavizó, en vez de ponderarla, su desgraciada situacion. Creyó, pues, lord Nelvil que no era bien atormentarla con su sentimiento, después de haberla hecho tan infeliz con su amor, y partió á las islas con una sensacion interior de pesar y de remordimiento que le hacia la vida insupportable y pesada.

---

### CAPITULO III

Afligia mucho á Lucila la partida de Osvaldo; pero el triste silencio que guardaba con ella en los tiempos postreros de su mansion en su propia casa, redoblaron en tales términos su natural timidez, que no se determinó á noticiarle se hallaba en cinta; de forma que él lo ignoró hasta que estando ya en las islas lo supo por una carta de lady Edgermond, á quien tampoco lo descubrió ántes su hija. Parecióle, pues, á lord Nelvil muy fria la despedida de Lucila; no hizo justicia á los sentimientos de su corazón, y comparando su dolor silencioso con las elocuentes penas de Corina, cuando se separó de ella en Venecia, no vaciló en creer que Lucila le amaba con tibieza. Sin embargo, en los cuatro años que

duró la ausencia de su esposo, no disfrutó de un dia feliz : y apénas llegó á distraerla un instante de los riesgos que corria el nacimiento de una niña ; agregándose á este cuidado el disgusto que debió causarle descubrir poco á poco todo lo relativo á Corina y á su trato con lord Nelvil.

El Conde de Erfeuil que pasó cerca de un año en Escocia, y vió con frecuencia á Lucila y á su madre, estaba íntimamente persuadido de que no habia revelado el secreto de la venida de Corina á Inglaterra ; pero dijo tantas cosas parecidas á él, le era tan difícil cuando desmayaba la conversacion no hablar otra vez de un asunto tan interesante para Lucila, que esta llegó á saberlo todo. A pesar de toda su inocencia, no le faltaba arte para hacer hablar al Conde de Erfeuil, tan fácil era conseguirlo.

Lady Egermond, á quien su enfermedad ocupaba mas cada dia, no advirtió el afán de su hija por saber lo que habia de causarle tanto dolor ; pero cuando la vió tan melancólica, logró le descubriese el motivo de sus penas. Explicóse lady Edgermond con su suma severidad acerca del viaje de Corina á Inglaterra ; mas Lucila sentia de otra suerte, hallábase unas veces celosa de Corina, y otras descontenta de Osvaldo, por haberse mostrado tan cruel con una mujer que tanto le amaba, pareciéndole debia temer para su propia dicha al hombre que sacrificó la dicha de otra de tan desapiadada manera. Siempre habia conservado cariño y agradecimiento á su her-

mana, y esto aumentaba la compasion que de ella sentia ; de suerte que en lugar de complacerle el sacrificio de Osvaldo, se mortificaba con el pensamiento de que solo la habria preferido porque su situacion en el mundo era mejor que la de Corina ; acordábase de su vacilacion ántes de darle la mano, de su tristeza pocos dias despues, y cada vez creia mas firmemente la cruel presuncion de que su esposo no la amaba. Lady Edgermond hubiera podido serle muy útil en esta disposicion de su alma, si la tranquilizara ; pero no conocia la indulgencia, ni comprendia mas que la obligacion y los sentimientos que ella permite, y así pronunciaba anatema contra cuanto se apartaba de estos principios. No pensaba jamas en corregir contemplando, ántes discurría que él único medio para excitar remordimiento era manifestar enojo ; participaba demasiado de las desazones de Lucila, y se irritaba al pensar que una criatura tan preciosa no fuese estimada como merecia de su esposo ; por manera que en lugar de hacer bien, persuadiéndola que le tenia mas amor que juzgaba, hacia mayores sus recelos por fomentar mas su altivez. Lucila, mas suave y ménos ciega que su madre, no seguia sus consejos rigurosamente ; pero siempre dejaban alguna impresion : y sus cartas á lord Nelvil eran mucho ménos tiernas que lo interior de su alma.

Distinguiase Osvaldo, durante este tiempo, en la guerra con acciones de extraordinario valor, expo-

niendo mil veces su vida, no solo por entusiasmo de honor, sino por afición al peligro. Veíase que él se mostraba mas contento, mas vivo, mas feliz el día de las batallas; sonrojábase de alegría cuando empezaba el estrépito de las armas, y solo en aquel punto se aliviaba, y le permitía respirar libremente un peso que de continuo oprimía su corazón. Adorábanle los soldados, admirábanle sus compañeros, y tenía cierta vida activa, que sin hacerle dichoso, le aturdió respecto á lo pasado y á lo venidero. Recibía las cartas de su mujer, y parecíanle frias; pero se acostumbraba á su estilo: y la memoria de Corina se le presentaba frecuentemente en las hermosas noches de los trópicos, que dan idea tan grandiosa de la naturaleza y de su Hacedor; mas como el clima y la guerra amenazaban diariamente su vida, se creía ménos culpado hallándose tan próximo á perecer, porque los enemigos logran perdón cuando los amenaza la muerte, y nosotros mismos tenemos indulgencia en semejante situación con nuestros propios errores: solamente se acordaba lord Nelvil de las lágrimas de Corina cuando supiese su fin, y olvidaba las que le habían hecho derramar sus agravios.

En medio de los peligros que tantas veces hacen reflexionar sobre la incertidumbre de la vida, pensaba mas en Corina que en Lucila: habían hablado tanto los dos de la muerte, habían meditado tanto sobre los pensamientos mas graves, que

le parecía hallarse todavía hablando con Corina, cuando trataban de las magníficas ideas que recuerda el espectáculo habitual de la guerra y de sus peligros. A ella se dirigía cuando estaba solo, aunque la juzgaba irritada con él; antojábasele que aun se entendían, á pesar de la ausencia, á pesar de la infidelidad misma, en tanto que la apacible Lucila, á quien no presumía agraviada, solo se presentaba á su memoria como una criatura digna de protección, mas á quien era menester evitar todas las reflexiones tristes y profundas. Por fin, recibieron orden de volver á Inglaterra las tropas que mandaba lord Nelvil; volvió él tambien; pero la tranquilidad del navío le agradaba ya ménos que la actividad de la guerra; el movimiento exterior sucedió para él á los placeres de la imaginación, que otro tiempo le daban las conversaciones de Corina, porque no había siquiera probado en su ausencia el descanso. Logró hacerse amar tanto de los soldados, y les inspiró tal entusiasmo, que sus obsequios y sus respetos renovaron todavía para él, durante el viaje, el interés de la vida militar; y este interés no cesó enteramente hasta que hubieron desembarcado.